

Cuento tomado de la vida de Óscar Alfaro:

La Navidad del Alfarito

Terminaba el año 1930 cuando Alfarito de nueve sufridas primaveras, deambulaba por las calles coloniales de San Lorenzo, repartiendo su tiempo entre la escuela y el hogar materno, donde las figuras patriarcales de sus maestros completaban la prolongación del hogar. Se campeaba por las huertas floridas y pródigas, rompiendo cercos de "churquis" y "rosas pascuas" de Tarija-Cancha al Mollar y del Mollar a Lajas en busca de "lchuguanas", "ulupicas", "churumas" y presto a hacer "rompo" de "brevas" navideñas, llevando como único atuendo zapatos rotos y pantalón con un solo tirador, cargando dentro de su alma de niño, círcos de luces y columpios de "tarajchis", "chulupias" y grillos con ritmos humanos de eternidades musicales. En este caminar, una tarde anticipo de Nochebuena, el Alfarito abriéño con mirada de lejanía de imberbe niño bueno, iba pregonando con su canasto a la cadera:

—¡Pan de Navidad...! ¡Pan de Año Nuevo...!

Mientras la vocesita musical como golpe de agua clara de cequia, continuaba pregonando el sutil ofrecimiento, por los rústicos portales de Tarija-Cancha a San Lorenzo y de la Cruz de Sella a Lajas.

Caminaba el pregonero de la alegre tonada, equilibrando sobre "saltanas" del río ferroso de la Calama, como si estuviera sobre lomos de potras ariscas. Alternaba su cristalina voz con el cordial ofrecimiento:

—¡D-o-ñi-taal ¡Cómpreme pan dulce de Navidad! ¡Pan de Año Nuevo!

El cesto hogareño convertido en moisés de bollos dulces y alfajores de pascua, perdía poco a poco su peso. En tanto que el niño de ojos suíridos salpicados de dolor, seguía cantando su vendimia navideña de panes dulces motejados de nuez, anís y ajonjolí. Iba pregonando por las calles pétreas, con casas de techos rojizos, de patios sombreados por gigantes molles blasonados por los años.

Niño sin juguetes / pájaro sin nido / antes que el hombre / enseñara el alfabeto / ya el niño Alfarito / había contado las estrellas / y... / antes que el hermano / quedara de luz borracho / ya que el niño / había jubilado noches...

En su caminar forjando ensueños y cuentos bienhechores y alegres, y al andar parece que decía:

Te contaré mi sueño, / soñé que el pan tenía ruedas / para ir a visitar a los pobres, / que el hombre obedecía al niño, / que el rico era amigo del pueblo, / que las balas dormían en los museos, / que la palabra hambre / había borrado del diccionario el viento, / que el avaro / ya no comía helado de dinero, / y... / que el llanto / había asesinado mi verso...

Al advertir la verdad de su sueño, nostálgico seguía pensando:

¡Cuidado poeta! / Los académicos juzgan mal un poema, / cuando no lleva el halo de la ortografía, / El niño conoce bien dónde se sienta / el diccionario de la fama.

De este modo Alfarito y admitía: **Dentro de un niño / hay otro niño; / y dentro de un hombre / hay un lobo (...). / El hombre con una sola palabra, / hace volver al hombre a la edad de piedra. / Con una sola sílaba / el niño / hace ver el futuro de cerca...**

Así ya bullían en su mente: "Alfabeto de Estrellas" y "Siembra de Ideas", en los que tenía cintas de colores navideños, que en el azul del río, se iban trenzando como "centellas de plata", sobre el río Guadalquivir. Turbantes vaporosos y tamboriles de oro y grana, de pajarillas y violines, de hormigas de colores, de huertos festoneados de molles tutores, nacidos en las cabeceras cerriles y pastoriles bullían en el corazón campesino y el cerebro proletario



de Alfarito. su bucólica y placentera infancia se desarrollaba en medio de alfalfares azules y dulces frutillares dulces tendidos bajo ceibos rojos.

Tonadas navideñas avanzaban en cordial contrapunto desde los farallones de "la banda", bulliciosos enjambres de "pinquillos" y tambores, de pajarillas y violines, "erques" y "camacheñas", al tiempo que "churas" zagalas y apuestos "chapacos" alzados conducían en andas al Niño pobre nacido en Belén.

Alfarito, reacio al llanto, en un recodo de la angosta calle de piedra, prendido de su cesta, seguía pregonando:

—¡Pan de Navidad...! ¡Pan de Año Nuevo...!

Continuaba la algarabía de las pandillas agrarias con polleras de vistosos colores y valientes ponchos rojos, cantando:

"A las doce de la noche / un gallo nos despertó, / con su canto tan alegre / diciendo Cristo nació. / Ahí viene la vaca / por el callejón / trayendo la leche / para el Niño Dios. / ¡A, a Viva María a...! / ¡E, e, Viva San José e...! / ¡O, o, Viva el que nació...!"

Por los callejones bordeados de mistoles, higueras y verdes sauces que les daban cobijo, ingresaban las pandillas entonando el "huachi, torito". Todos en alegres "patotas" se encaminaban a la plaza del pueblo, mientras el niño de ojos de ausencia y barbilla, pensaba en su madre, doña Carmen, que ansiosa esperaba el retorno del hijo y que al encontrarla le cantaría en su corazón:

"Si no hay pan en tu morada, / da de comer a tu infante / tu corazón palpitante / de Madre sacrificada"

Alfarito continuaba imperturbable, tonadeando ausencia, venciendo el color y el llanto, pero guardando en su corazón, sueños azules, de felicidad de risas, de besos, de una mañana donde todos los niños fueran felices; sueños que eclosionarían veinticinco años más tarde, como estrellas sembradas al boleo, para germinar en los corazones de todos los niños del mundo, cuando éstos entonces cancionen nativas con saber de "alfaros" redivivos.

Aumentaban las pandillas juveniles, el atrio del templo, donde se oficiaría la "Misa de Gallo" ante la presencia de los niños "Jesusitos" traídos en andas floreadas, se cubrió de colores pascuales, mientras Alfarito seguía ofreciendo el sobrante de su dulce vendimia.

La tarde ya había entrado en sueño detrás de la corona del Chijmuri, la plaza plena de fogata, arcos de "payos" verdes y aromáticas albahacas, la fragancia de los buñuelos, tortillas y canelados con olor a "moscatel" inundaban el aire cuando las campanas de la Iglesia despertaron al palomar anunciado:

—¡Cristo Nació...!

Alfarito, ya libre de su venta, permaneció junto al corro de niños concibiendo en los pliegues de su corazón futuros poemas que definirían a su poesía como extracto de sangre y pueblo, que se nutre de aire y de alma, y que no tardarían en ser cantados en aquel mismo solar nativo, en aleyuas y coplas.

Seguían las zigzagueantes "pausas" y "camaretas" que asustaban a los pequerines, mientras el niño solitario, sin "pinquillos", "castañuelas" ni pajarillas, luchaba interiormente por hacer oír su primer poema, "Pájaro Revolucionario", dedicado al niño obrero de Belén, que en ese momento y en medio de tules blancas estaba colgado de una estrella.

Doña Carmen aguardaba en el pretel de la casa desatando el ovillo de lana para tejer, cariñosa tierna en aquella noche tibia, tarareando nuevas canciones de cuna, imperturbable en su aislamiento en medio de las alegres "trenzadas" y el combate de tambores.

Aquel predestinado hijo del pueblo, de la parturienta tierra de héroes, sabía que muy cerca, en las proximidades de la salida al andaluz valle de Tarija-Cancha, aguardaba la madre al hijo pregonero de los panes amasados con amor. Ella saciaría su hambre de poemas con buñuelos y miel, en la soledad de aquella noche de paz y hosannas.

El Alfarito navideño dejó la plaza plena de luz, música e incienso para retornar gozoso con el producto de la venta de la tarde, tal vez presintiendo aquel niño de "canciones verdes" y durazneros cargaditos de frutos, que también él en una Nochebuena, pero ya "sin luces ni mattces" encontraría su cruz y dando apenas un suspiro de adiós a la vida, caería derrumbado "sobre el pétalo de una flor" que él cultivó con amor.

Ya maduro, sazonado al sol en mazorcas y racimos prietos de "pájaros sin nido y niños sin pan", de "molles" copleros enraclados de tarajchis y "chulupias", comprende en su mocedad que para él, en su vida y su formación, sólo tuvo a su heroica madre y en un gesto, que se traduce en rebelde admonición y amor, opta por llevar, solamente el sustantivo materno.

A escasos 42 años, sin conocer lágrimas, con barba ya renegrida, pantalones largos y juguetes de luces que salían de sus labios y dedos para entregarlos a los linotipos, en una noche con ventanal al llimani, fue arrancado de los brazos de los niños para ir a pregonar en el azul infinito, nuevos y eternos villancicos y poemas verdes cantados "de San Lorenzo al Mollar".

La estrella de Belén le deparó el último laurel en un 24 de diciembre, morir próximo al llimani para volver a nacer en el azul del cielo, junto al pesebre del "Cristo Obrero" que en su vida de niño y adulto fue su limen del recuerdo y escudo de combate.

**Luis Carrasco Salinas. Sucre.
Excombatiende de la Guerra del
Chaco, Poeta y Escritor.**